

el Asia? Y aun, bajando á region mas humilde nuestro pensamiento, ¿no tiene la Europa, especialmente la Inglaterra, grandes intereses en este pais? ¿no se afectan estos intereses, de nuestras vicisitudes políticas y decadencia social? ¿nadá significan esas alternativas de alza y baja en el crédito exterior, según que gobiernan este pais los hombres de arraigo y moralidad, ó la faccion demagógica? Nada responderemos á esas preguntas: las dejamos intactas bajo el dominio de la crítica. Pero si ellas no importan una solucion, á lo ménos autorizan una hipótesis que puede servir de base para discurrir sobre lo que debe hacerse, ya por parte del Gobierno, ya por parte del pueblo, en el caso de restablecerse la paz y el orden, con un gobierno ménos expuesto que otros á esas vicisitudes que han hecho hasta aquí su vida tan precaria. Sea por la mediacion extranjera, sea por un accidente feliz que sobrevenga á la turbulenta marcha, es posible, si no lisonjearse de un triunfo definitivo, á lo ménos alcanzar una buena posicion, es decir: una posicion que, bien aprovechada, pueda asegurar el triunfo, consolidar el orden y salvar la sociedad.

§. XX.

CONTINUACION.—SOBRE LA COOPERACION RECÍPROCA DEL GOBIERNO Y DEL PUEBLO PARA UTILIZAR UNA POSICION VENTAJOSA EN CASO DE ADQUIRIRLA.

Para no ir mas allá de lo que podemos naturalmente esperar, supuesta la mediacion ofrecida, hemos querido reducirnos á una hipótesis, no solo posible, sino en gran manera probable. ¿Cuál? El advenimiento de los hombres de orden, sean cuales fueren sus ideas políticas, á una posicion ventajosa, que, para trasformarse en estado permanente, solo exija inteligencia, moralidad, cordura y energía de parte del Gobierno, y una cooperacion eficaz de parte de la sociedad.

Léjos de nosotros hacer una censura de lo presente; pero, sin culpar á las personas, preciso es convenir en que hoi dia no existe la posicion de que hablamos, y aun podríamos añadir, que nunca había parecido mas remota la esperanza de una verdadera restauracion. Hasta aquí habíamos presenciado la constante lucha del Gobierno con la revolucion; mas hoi tenemos á la vista el espectáculo de dos gobiernos organizados en toda forma, disputándose los títulos de su legalidad en las leyes y en su respectiva marcha administrati-

va con la misma fuerza con que se disputan su existencia material en el campo de batalla. La sociedad, colocada entre estos dos Gobiernos, sufre alternativamente las vejaciones horribles del uno, y el abandono consiguiente á la impotencia del otro. Ha dado algunas veces signos inequívocos de espíritu y vigor, luchando generosamente contra la demagogia armada; pero al noble ardimiento ha sucedido la postracion en consecuencia de un desamparo que ha inutilizado tantos esfuerzos, haciéndolos servir únicamente para irritar mas y mas la venganza de esas turbas de foragidos, que todo lo sacrifican, asolan y destruyen á nombre de la libertad, del progreso y la reforma. Hé aquí la causa de este decaimiento en que yacen todas las clases del pueblo, y que no parece sino el síntoma precursor de la muerte. Mas, estudiando las causas de esta situacion moral, encontramos que todo nace de la desconfianza consiguiente al desengaño, y de la persuasion casi universal de que no hai remedio. De lo cual se infiere que, si la confianza renace, si tan triste persuasion desaparece, si la sociedad ve por fin iniciarse un orden de cosas nuevo y en armonia perfecta con sus creencias, costumbres y aspiraciones legítimas, cambiará tambien el sentimiento nacional, sucediendo á la indiferencia el interes, al desaliento la animacion, á la desesperacion la confianza, y á la inercia la actividad.

La felicidad pública es un producto combinado de dos fuerzas: la del Gobierno que manda, y la del pueblo que obedece. Pues bien: todos podemos estar seguros de que, si la Providencia nos depara un Gobierno dotado de tan excelentes cualidades, bastará que halle éste en los mexicanos toda la cooperacion de que habrá menester de parte del pueblo, para remediarlo y repararlo todo. Sucesivamente irán desapareciendo entónces los escombros y las ruinas que ha hecho la Revolucion: se irá consolidando el orden y afirmando la paz: la Iglesia no estará encadenada, sino expedita y garantida en la accion fecunda de su ministerio: la moral pública ganará dia por dia con el apoyo de las leyes y el influjo de los ejemplos: la justicia será administrada con rectitud y equidad, y estarán concertados en ella los intereses privados con los deberes públicos. En pos de estos bienes de la religion, de la justicia y de la moral, vendrán como por añadidura, según la promesa infalible de Jesucristo, Señor Nuestro, los muchos y cuantiosos bienes del tiempo, los prodigiosos adelantos en todas líneas, y todos los goces legítimos que representan la prosperidad, la grandeza y felicidad de las naciones: inmigracion selecta, vias de comunicacion expeditas, agricultura floreciente, industria adelantada, comercio próspero, y todo aquello que Dios nos permite esperar cuando le somos fieles; todo aquello que tanto facilitan los

elementos consiguientes á nuestra posición en el globo, á la variedad de nuestros climas y de nuestras producciones, á la fecundidad de nuestros campos, y á los ricos y preciosos metales depositados en las entrañas de nuestra tierra.

Mas, ¿qué debe hacer el hombre, á quien la Nación confie sus destinos, para conseguir un pleno restablecimiento? Las cualidades del Gobierno han de buscarse en los caracteres mismos de la situación: las heridas de nuestra patria son otros tantos indicantes de lo que se necesita de parte de aquel, para que lleguen á cicatrizar. Muchas son las llagas de que está cubierta nuestra sociedad; mas para no entrar en la prolija tarea de enumerarlas todas, reduciremos á cuatro clases generales todos los objetos que deben fijar la atención, mover el celo y sostener la solicitud constante del Gobierno, á fin de conducir la sociedad á una verdadera y plena restauración: la cuestión religiosa, la cuestión política, la cuestión administrativa y la cuestión internacional; porque la buena solución de estas cuestiones bastará, si no nos engañamos, para dar la que deseamos todos á la cuestión social de la nación mexicana.

I.

La primera causa de nuestros males, la que mas pernicioso influjo ha ejercido en el estado lastimoso de postración á que ha llegado nuestra sociedad, es la guerra ciega y tenaz que la revolución, especialmente en los últimos años, ha hecho á la Religión y á la Iglesia. Trabas al ministerio de la enseñanza católica; libertad y protección á la propaganda impía; opresión sin límites al sacerdocio; impunidad al sacrilegio; saqueo de los templos; despojo de los bienes y abolición de los derechos é inmunidades de la Iglesia: hé aquí, no todo ciertamente, sino solo una parte de lo mucho que ha estado haciendo entre nosotros la Revolución á fin de acabar con el culto religioso, la moral cristiana, la disciplina canónica, y lograr por este medio arruinar y destruir completamente la institución católica en esta parte del Nuevo Mundo, como el objeto de su encono siempre antiguo, y siempre nuevo en todos los países que adoran á Jesucristo y pertenecen á su reino. Nuestra suprema necesidad en el caso es, pues, toda canónica y moral, siendo cierto que hemos contendido por los derechos, los principios y los deberes de la conciencia. Las administraciones Comonfort y Juárez han dictado leyes opuestas en todo sentido á la institución, doctrina y derechos de la Iglesia; y los verdaderos católicos, colocados entre Dios y el César, lo mismo que los apóstoles, y

persuadidos como éstos de que no es lícito desobedecer á Dios para obedecer al César, han opuesto á ellas una resistencia pasiva, por la cual han sufrido la mas odiosa persecución, y cuantos han permanecido fieles son hoy las víctimas de su fidelidad para con Dios y la Iglesia. ¿Cuál es, pues, la necesidad que tenemos en este punto? que el Gobierno sea católico, que comprenda lo que importa ser católico. Pues bien: si tales fueren sus caracteres, podremos todos estar tranquilos, porque comprenderá perfectamente lo que es el principio católico, y no será él quien venga á poner en tormento la conciencia de los mexicanos. Entónces podremos tener esperanza mui sólida de que tan grave cuestión se arreglará con la Santa Sede, y este arreglo, cualquiera que sea, dará fin á todos los conflictos en que tal cuestión ha puesto á los católicos; y hé aquí cómo, sin adelantarnos á los sucesos, podremos tranquilizarnos en este punto, con solo estar persuadidos de la catolicidad y religiosidad del Gobierno.

II.

La segunda llaga de México, y la cual puede considerarse, á lo ménos en el maligno carácter que ha tomado al fin, como una consecuencia de la cuestión religiosa, es la división en que se hallan sus hijos, la cual ha hecho correr tanta sangre y ha perpetuado la guerra tenazmente hasta el día. Esta guerra desoladora, sostenida por los intereses mas inicuos y de la manera mas brutal, intimida mucho cuando se medita en los fundamentos de la esperanza que aun abrigamos todos, aunque ya mui débil, de ver restablecido el orden y afirmada la paz. Es pues necesario, para conjurar esta calamidad, un genio conciliador que, hallando en sí propio recursos de avenimiento que ninguno de nuestros hombres ha empleado hasta aquí, logre reunir de nuevo las persuasiones y las creencias, el pensamiento y la acción de los mexicanos en torno de una bandera de restauración, de verdaderas garantías, de justa libertad y un progreso bien entendido. Hemos dicho un genio, porque la obra de la reconciliación de nuestros partidos, atendidas las dificultades extremas con que tropieza, debe ser una especie de creación, una empresa mas árdua todavía que la de realizar la independencia; porque la reforma siempre ha sido mas difícil que la institución misma. Aun tratándose de un orden superior, de aquel orden que se afirma en los pensamientos eternos del Omnipotente, no vaciló el Profeta en asegurar, que la restauración del mundo moral importaba una maravilla superior con mucho á su salida de la nada.

Pretender unir á los mexicanos como se forma una compañía, ó como se hace una transaccion, seria divertirse como niños en jardines encantados: pretender unir á los mexicanos, concediendo los provechos de la restauracion á los hombres encenagados en el crimen, á los que se han cebado en la sangre y enriquecido con todos los depojos que se acaban de consumir, legitimando todos los rangos adquiridos á título de inmoralidad y barbarie, fundándose en que los malos estarán quietos mientras se les lisongee, y los buenos no se moverán por timidez ó por su moralidad, es un sistema que podrá alcanzar, si se quiere, un sufragio á título de *alta política* en un siglo sin Dios y sin lei, pero que haria correr las lágrimas de los buenos, excitaria risas irónicas y burlescas en los malos, seria condenada por la recta razon y el buen sentido, y reportaria los anatemas de la religion y de la moral. Emplearlos á unos y á otros sin discernimiento en la administracion pública, seria iniciar la contrariedad del movimiento en la máquina social, llamar la anarquía en apoyo de la restauracion, y exponer la nave del Estado á un segundo naufragio. ¿Qué hacer pues? ¿Decidirse únicamente por un partido? No: esto seria un error de las mas tristes consecuencias. Nada mas contrario á la noble y digna taréa de una verdadera reconstruccion social que la parcialidad política. Un partido, en clase de tal, cualquiera que sea, tiene rasgos comunes que le asimilan á todo, y diferencias excepcionales que le caracterizan y le distinguen del todo. Bajo el primer punto de vista sus miembros pueden asociarse útilmente al interes comun, al paso que, bajo el segundo, son de ordinario pretensiosos é intransigibles. Seria mui raro poner de acuerdo lo que es característico de un partido con lo que es propio de la sociedad. La simple razon de partido se inspira ordinariamente de los intereses, se vigoriza con las pasiones, y por lo mismo no puede resistir á la prueba de un criterio práctico. Por otra parte, y aun prescindiendo de estas consideraciones, no puede un Gobierno decidirse por un partido sin autorizar, ó excusar por lo ménos, la oposicion del otro, y en consecuencia, sin poner obstáculos á la concordia y á la paz. Prescíndase, pues, enteramente de lo pasado en cuanto á la simple razon de partido; no se haga figurar como un obstáculo para el empleo de las personas el color político de su antigua bandera; búsquense la aptitud, la probidad y las garantías de adhesion al orden establecido, y esto basta.

Seria incurrir en una temeridad, condenada igualmente por el buen sentido y la moral, suponer que todas las personas de un partido se identifican de tal suerte con su programa, que son precisamente lo que éste: que todos son malos, ó todos son buenos: que

todos son ignorantes, ó todos son instruidos &c., &c. Verdad es que la influencia política de partido afecta mas ó ménos la inteligencia y el corazon; pero tambien es indispensable reconocer que hai en todos los partidos personas honradas, inteligentes y leales, y las hai tambien con las cualidades opuestas. Si pues las primeras, llamadas por el Gobierno, se comprometen á servir, nada importará el partido á que hayan pertenecido; porque desempeñarán bien sus empleos, y no pasará mucho tiempo sin que estén perfectamente identificadas con el Gobierno y la sociedad.

Estas consideraciones, fundadas en la naturaleza de las cosas, son de todos los tiempos y aplicables á todos los casos; pero adquieren un peso mayor todavía cuando se trata del restablecimiento del orden y la paz, despues de esas crisis supremas que han agitado profundamente á las naciones. Entónces el mismo exceso del mal facilita el remedio: porque los escarmientos han hecho morir las ilusiones; los golpes crueles del desengaño han puesto en evidencia toda la falacia y todo el absurdo de las teorías. Falta el aliento para continuar sosteniendo intereses excepcionales y planes de partido. Todos quieren paz, orden, garantías; quieren vivir con seguridad y gozar sin obstáculos; quieren sentir y conocer por experiencia propia las ventajas de la vida social, y se prestan por lo mismo fácilmente á cualquiera sistema político, á trueque de conseguir y asegurar tan preciosos beneficios. El honrado padre de familia, el afanoso agricultor, el inteligente industrial, el activo comerciante, y en general todos aquellos que buscan, bajo la proteccion de las leyes, los recursos y comodidades indispensables para la vida, despues de tantas experiencias dolorosas, y cuando al empuje desastroso y constante de una revolucion inmoral, lo han sufrido todo y han llegado casi á perder hasta la última esperanza del remedio, son mas dóciles, mas fáciles para aceptar cualquiera situacion que les dé garantías, y no tienen empeño ninguno en sostener doctrinas é intereses de partido. En estos casos no queda mas que una clase fuertemente adherida á su bandera revolucionaria, y es la de aquellos hombres habituados al crimen, interesados en el trastorno general; la de aquellos para quienes el orden es la muerte y la paz el sepulcro; la de aquellos, en fin, que viven del robo, del saqueo, y necesitan colocarse lejos de la influencia de las leyes, para dar curso libre á las mas horribles y funestas pasiones.

Véase, pues, cómo las mismas dificultades de la situacion, el cansancio de la lucha, la inseguridad personal, el menoscabo y ruina de los intereses legítimos, la repeticion de los desastres y la fuerza irresistible de los desengaños, son otros tantos medios eficacísimos,

creados por la misma situacion, para neutralizar la influencia de los partidos, y aproximar al Gobierno á los ciudadanos probos, inteligentes y leales, cualesquiera que hayan sido sus opiniones, para conseguir el restablecimiento de la paz, el imperio del orden y la incontrastable fuerza del Estado. Obrase entónces, no una transaccion de principios, lo cual es imposible, no una tregua política, lo cual seria estéril, sino un concierto de pensamiento y accion entre el Gobierno y el pueblo, lo cual es fácil cuando se saben aprovechar las circunstancias. Preciso es convenir en que, si es difícil, é imposible casi, una fusion política, no sucede lo mismo con una fusion social. Lucha la primera con pasiones ardientes é intereses intransigibles; la segunda se obra por el poder soberano de la inteligencia y de la justicia, concertadas en la religion, en la marcha de la sociedad y por la fuerza misma de las cosas.

Un pensamiento grande y fecundo, un plan de Gobierno sábio, práctico y en relacion íntima con las necesidades del pueblo y los recursos del país, capaz de atraer á todos por el irresistible poder de la necesidad, de la justicia, de la conveniencia; un sistema de accion que excluya la inmoralidad y tranquilice al hombre; que nada conceda á la persistencia de los hábitos formados por las malas pasiones, y todo lo brinde á la reforma moral bien comprobada; que despierte el espíritu nacional, interesando al pueblo en la conservacion y marcha del Gobierno, excluyendo de esta participacion política á los perturbadores del orden público, á los enemigos del honor, del mérito, y acechadores de la propiedad ajena; una justicia igual, despierta, activa y fácil, que instantáneamente, si es posible, lo repare todo; un concierto inalterable, no de los partidos, no de las pasiones, sino de los derechos con los deberes, de los intereses legítimos con la marcha del Gobierno, de las clases en que se depositan los grandes elementos de la vida social con la sociedad misma; una conducta que sea como el espejo donde se reflejen todas estas luces, donde se descubran todos estos pensamientos, donde se manifiesten en su grande importancia tan felices combinaciones: hé aquí una idea incompleta, si se quiere, pero bastante para ocupar con utilidad la reflexion, á fin de atinar con los únicos senderos por donde puede llegarse al sólido restablecimiento de la union y de la concordia. Estas por la naturaleza de las cosas, una vez perturbada la paz, nunca preceden á la restauracion del orden, porque esto es imposible; pero vienen despues sobre las huellas de la carrera constante de la sociedad con el Gobierno, bajo el triple influjo de la fuerza religiosa y moral, de la fuerza legal y de la fuerza física bien dirigida. La necesidad hace milagros: penetra á donde

no llegan las convicciones, es decir: la situacion misma, el movimiento de la sociedad, las condiciones propias de bienestar civil consiguientes á un régimen bien ordenado, bastan para realizar por sí lo que no pueden alcanzar nunca ni las discusiones, ni las influencias, ni los artificios momentáneos de eso que se llama *alta política*.

III.

Lo tercero que debe fijar la atencion y excitar vivamente la solicitud del Gobierno, es el sistema de la administracion pública. Son tantos los males sobrevenidos por los muchos vicios de esta, que podríamos afirmar, sin exageracion, que la mayor parte de las desgracias que ha sufrido nuestra patria, y el estado de extrema postracion á que se ve hoy reducida, trae su principal origen de la falta absoluta de una buena administracion. Ora provenga esta falta de esa ligereza con que, abandonando nuestros conocimientos, experiencias y hábitos de tres siglos, en vez de reducirnos á modificar y perfeccionar lo que habia, nos lanzámos á la carrera de peligrosas novedades impulsados por el espíritu pueril de imitacion; ora nazca de la carencia de conocimientos prácticos y competentes; ya dimane de los vicios consiguientes á la falta de probidad, de los desaciertos en el empleo de las personas, de la complicacion del sistema administrativo; ya finalmente, sea todo un efecto inevitable de estas continuas vicisitudes y trastornos por donde hemos venido pasando; el hecho es, que la administracion pública está por establecerse: hemos dicho poco, necesita del allanamiento previo de todas las dificultades y complicaciones que han venido acumulándose hasta aquí, para comenzar á existir.

Es preciso decir una palabra más, es preciso hacer una reflexion que, si puede ser insignificante para algunos, es de una suprema importancia para nosotros. Van corridos ya cuarenta años de independencia, y en este largo periodo hemos ensayado todas las formas de gobierno, hemos tenido Regencia, Imperio, República federal, República central, Dictadura; y sin embargo, esta es la hora en que no podemos decir, fundados en nuestra propia experiencia, cuál de todas las formas de gobierno es la que conviene á la Nacion. ¿Por qué? porque todo ha girado exclusivamente en el círculo administrativo, y en la cuestion del bien y del mal las personas han sido todo, las formas no han sido nada. Podríamos citar ejemplos de algunos periodos de bien estar bajo la forma federal, bajo la forma central y aun bajo la dictadura, con solo reducirnos á los límites de cier-

tas provincias, donde ha habido gobernantes sensatos y prudentes, lo cual ha bastado para encontrarse bien. Puede asegurarse que en cualquiera de los sistemas políticos que nos han regido, habria logrado la Nacion todas las ventajas del estado social con solo tener buenos gobernantes, buenos empleados civiles y buena disciplina militar. Todo se refiere, pues, á la administracion pública, y esto hace, lo repetirémos aun, que, habiendo pasado cuarenta años en sufrir los abusos en esta línea, no hayamos tenido tiempo de consagrar debidamente la atencion á las cuestiones de forma.

Esto nos hace creer que, bajo cualquiera forma convenientemente acomodada á la sociedad, puede esperarse mucho de un gobierno fuerte y un buen sistema administrativo. En este punto basta la firmeza del Estado y una voluntad resuelta y constante del Gobierno, para conseguirlo todo. "Ama, decia San Agustin, y haz lo que quieras." ¡Gran pensamiento, mas por desgracia mui olvidado! Haya un verdadero patriotismo, un vivo sentimiento del deber, un verdadero amor á la justicia y al orden, un celo bien probado por el bien público, y nada será difícil á un gobierno. Haya tino para escoger, acierto para distribuir, y empeño en vigilar á las personas que han de servir los empleos, y el Gobierno, y por consiguiente la sociedad, seguirán una marcha regular y constante. Simplifíquese la máquina, para dominar plena y expeditamente su economía; póngase la legislacion al nivel de la razon comun; interétese al pueblo en el cumplimiento de su deber por el sentimiento de los beneficios del Gobierno; manténgase recta la balanza de las libertades del comercio, con los intereses de la industria, con el fomento de la agricultura y las necesidades del Gobierno, en vez de cegar con lucros pasajeros del Erario y una prosperidad efímera las verdaderas fuentes de la riqueza pública; haya un perfecto nivel entre los ingresos y egresos de las rentas, estando realmente representados, y no solo de un modo nominal, los preciosos créditos de los servidores del Estado; proscribase á muerte, como el primer enemigo de las naciones, el agiotage, cuyas especulaciones infames nos han sumergido en el abismo de la miseria, y han destruido completamente el crédito nacional: hágase todo esto, repetimos, y todo cambiará como por encanto: habrá rentas, fuerza bien organizada, milicia fiel, Estado firme, verdadero Gobierno, garantías efectivas, libertad suficiente, impulso constante y progreso bien entendido.

1. Pero no es esto todo: sábia y popular puede ser la lei, fuerte el Gobierno, suficiente el Erario, y mui dócil el pueblo, sin que por esto se consigan los beneficios del estado social, y no solo, sino que

todo seria inútil y quedaria mui pronto destruido, si no se pusiese la misma solicitud en facilitar á la sociedad una perfecta administracion de justicia. Sin tribunales y jueces probos hasta la incorruptibilidad, morales hasta el celo, vigilantes y activos, inteligentes y sábios, todo será inútil, volvemos á decirlo. Procúrese á toda costa una eleccion correspondiente á la alta mision de la magistratura, dótense estos empleos de manera que no sea necesario buscar en el último heroismo de la virtud las garantías de su buen desempeño, y no se necesita de otra cosa para dar todo su complemento á un buen sistema de administracion.

Combinadas así las cosas, todo marchará con regularidad, todos los ramos serán debidamente impulsados: crecerá la estimacion del trabajo con la proteccion de la agricultura, de la industria, de las artes y del comercio: la instruccion pública, difundida por todas las clases, mediante un profesorado competente, bajo todos aspectos, y una superintendencia bien dirigida, dará muchas creces á la civilizacion, al paso que el cultivo de las ciencias y de las letras, impulsado por el Gobierno y la ilustracion de las clases, dará cuerpo y robustez á nuestra literatura naciente, y por todos estos medios llegará la Nacion á tal grado de esplendor, que alcanzará una ventajosa reputacion aun entre las naciones extranjeras.

IV.

Este juicio favorable será para nosotros la señal mas evidente de que se ha logrado una completa restauracion, y este es precisamente el cuarto y último objeto á que deben atender, al mismo tiempo, el Gobierno con sus actos y la sociedad con su importante cooperacion. Nada es tan doloroso como el descrédito y menosprecio de nuestra patria en el mundo. No repetirémos aquí las calificaciones, los apodos, las invectivas, porque ninguno ignora que México á los ojos de la Europa, es, si así podemos decirlo, mucho menos que nada. Este desconcepto exige una restauracion que comenzará, y de una manera sorprendente, desde que esa mediacion ofrecida por la Inglaterra, y secundada segun parece por la Francia, tome un carácter serio, apoyando con su influencia poderosa la consolidacion de un Gobierno nacional, en armonía con las creencias, las costumbres y los intereses de este pueblo digno de mejor suerte. Entónces sucederán al desprecio la consideracion, y al desaliento la esperanza, y este pueblo, á quien ahora se califica de bárbaro, á lo ménos al decir del Señor Aldham, se verá incorporado en los espaciosos caminos de la civilizacion. ¿No

es, pues, mui natural creer, que bajo una influencia tan poderosa, si sabe aprovecharse, puede llegar nuestra patria, no solo á rehabilitarse completamente, sino tambien á ocupar una elevada posicion en el general concepto de la Europa? Pero, ¿esto es lo que basta para que tenga su magnífica realidad el cuadro de esperanzas que nuestra imaginacion dibuja en el horizonte del porvenir? Nada se conseguirá por cierto, sin la cuerda y activa cooperacion de parte del pueblo, sino nuevos, tardíos y estériles desengaños, mui semejantes á esas negras antorchas que dejan caer sus tristes esplendores en el fondo de los sepulcros.

§. XXI.

CONTINUACION.—SOBRE LA COOPERACION QUE DEBEN PRESTAR AL GOBIERNO TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Si el desaliento general de un pueblo trabajado y agotado durante medio siglo de revoluciones, puede explicarse naturalmente; no tendría excusa, por cierto, cuando renaciesen las esperanzas con la aparicion de medios eficaces para restablecer el orden y la paz. En los tiempos que hemos pasado, tal vez habia algun fundamento para excusar, á lo ménos en las clases poco influyentes, aquella inercia, efecto de la situacion mas bien que del carácter, obra del convencimiento de la inutilidad absoluta de los esfuerzos, mas bien que de una positiva degradacion en la índole de un pueblo recomendable por tantos títulos. Con mui pocas excepciones se ha estado repitiendo el espectáculo de una sociedad aniquilada por los intereses y sojuzgada por las pasiones, mas bien que regida por los principios. La impunidad ha sido mayor á medida que el crimen era mas horrible y monstruoso en su carácter, y mas universal y perseverante en su accion. Crímenes y amnistías, capitulaciones y ascensos: hé aquí la frecuente alternativa que han tenido los partidos contendientes en tan dilatado tiempo. Moviase una poblacion para resistir al vandalismo con la esperanza de obtener un oportuno socorro, y abandonada del Gobierno, no tardaba en ser victima de la venganza. ¿Cómo podríamos extrañar la pasibilidad extrema y el decaimiento de ánimo en las poblaciones, despues de tal abandono? ¿cómo podríamos extrañar esa desazon, ese cansancio del sufrimiento, ese fastidio universal que han laxado todos los resortes, y acabado á un mismo tiempo con el espíritu pú-

blico y con el espíritu nacional? Sea en buena hora tan lastimoso estado el castigo merecido de un pueblo que se extravió casi desde el punto de partida, y que, al conquistar su independencia, perdió el juicio y recibió las cadenas de sus propias pasiones. Mas, cuando todo haya cambiado, cuando la Providencia condolidada pronuncie el *hasta aquí* de nuestros sufrimientos; cuando la presencia de un Gobierno de orden y moralidad, bien apoyado y firme, satisfaga por fin al *desideratum* que nos ha estado arrancando tantos clamores, y cuando veamos al frente del Estado á un hombre de inteligencia, de corazon, de probidad intachable, de influjo poderoso y de voluntad firme y resuelta, no podríamos por cierto encontrar, aun en el campo de nuestros enemigos, ni excusas para nuestra inercia, ni compasion al consumarse nuestra última desgracia, al caer la pesada losa sobre el sepulcro ignominioso de nuestra nacionalidad y de nuestra esperanza.

Todos los mexicanos, sin excepcion alguna, debemos aprestarnos solícitos trayendo cada uno en nuestra esfera y en nuestra clase, nuestro contingente al grandioso edificio de la prosperidad y la gloria nacional. El amor de la patria es el amor del prójimo en su mas elevada escala, es aquel centro que identifica en los afectos al amor de sí mismo con el amor de los otros. El amor de la patria cuenta, pues, con todo el apoyo de esa Lei perfectísima y eterna que ha cifrado la felicidad, sin excepcion, toda y sola en el cumplimiento de los deberes. ¿Quién es el que ama, segun la doctrina de la Sabiduría increada? El que guarda los mandamientos. “¿Quién es el que me ama, podría decir la Patria, sino aquel que realiza las condiciones de felicidad y ventura, propias de una sociedad bien organizada?”

Todo Gobierno está obligado á procurar por cuantos medios estén á su alcance la felicidad pública; pero esta obligacion es correlativa de un derecho suyo á la cooperacion del pueblo. Pretender que un Gobierno llene su mision, y excusarse al mismo tiempo de cumplir cada uno sus deberes sociales, es lo mas absurdo en el pensamiento y lo mas criminal en la conducta, es una inconsecuencia brutal, es una cosa inalficible. Nada perjudica tanto al orden moral como la falsa conciencia, y acaso no hai nada mas comun que ésta, en materia de obligaciones para con la sociedad y el Gobierno. Y á tanto llega el engaño en este punto, que destruye el remordimiento, y suele conducir hasta la jactancia. El arte de defraudar los derechos del fisco se luce como habilidad, la resistencia pertinaz para servir los empleos lucrativos ó las cargas concejiles se excusa ó con la independencia de la posicion, ó con la

firmeza del carácter, y por ese estilo, al trastorno de los deberes corresponde el trastorno del lenguaje. Mas todos estos vicios tienden sustancialmente á contraponer el individualismo propio á la sociedad entera. El estado social trae consigo indispensablemente la obligacion de sacrificar á él, en la parte indispensable, los beneficios del estado simplemente individual; mas este sacrificio, léjos de ser gravoso, es nada respecto de los bienes que por consecuencia trae á cada uno de los asociados. Una reunion, un pueblo de familias, que no constituyesen sociedad, que no tuviesen gobierno, que no contasen con las garantías de una administracion comun, y con toda la seguridad y firmeza del poder público, no podrian subsistir en paz, estarían sujetas á la preponderancia de la fuerza física movida siempre por los intereses ó las pasiones, y ningun sacrificio individual, por grande que fuese, bastaria para proporcionarles la milésima parte de las ventajas del estado social.

Estas consideraciones deberian ser bastantes para persuadir á todo el mundo, no solo de la fuerza moral que en sí tienen estos deberes, sino tambien de lo mucho que se interesa en su cumplimiento aun el bien particular de cada uno. Cuando todos están prontos á las prestaciones que exigen la institucion del Gobierno y la firmeza de Estado, el orden social se mantiene á poca costa respecto de cada ciudadano; pues cuando todos cumplen igualmente, cada uno resulta mucho ménos gravado. El desórden viene, pues, de la repeticion de las faltas en cada linea de obligaciones, y este desórden, por la repeticion de los abusos, puede llegar hasta el extremo de hacer insoportables al pueblo los gravámenes del estado social. Trátándose, por ejemplo, del Erario público, y partiendo del principio de que ningun Gobierno puede vivir sin rentas, sucede por lo regular en los pueblos donde se ha trastornado el orden, que las dificultades para la exaccion de los impuestos y las bajas consiguientes de las rentas, obligan al Gobierno á recurrir á medios extraordinarios, como préstamos forzosos, recargos de impuestos sobre artículos y á personas en que el cobro es mas fácil: desórden gravísimo, de consecuencias terribles y originado exclusivamente de la resistencia de muchos para satisfacer las contribuciones que tienen asignadas. No multiplicaremos los ejemplos, pues con solo éste basta para suponer lo que sucederá en todo, y para comprender que el orden público descansa en la observancia de las leyes, en el cumplimiento de los deberes sociales, y por el contrario, que el desórden está en razon directa de las infracciones de las primeras y del abandono de los segundos.

No nos detendremos, sin embargo, á indicar por menor todo lo

que exigen de parte de los ciudadanos, en clase de cooperacion indispensable con el Gobierno, la conservacion del orden y la paz, la buena administracion pública y el goce positivo de aquellos beneficios que naturalmente vienen de una buena organizacion política, de una recta marcha administrativa: porque esto nos pondria en el caso de escribir mucho, lo cual no es ya prudente, atendido el carácter propio de este opúsculo, y lo mucho que ya nos hemos extendido. Pero si á causas opuestas corresponden efectos tambien opuestos, y si ya hemos dicho (*párrafo XV*) cuáles son los obstáculos que han impedido en México consolidar el orden, restablecer la paz y utilizar los elementos de prosperidad con que cuenta, clarísimo es que los deberes quedan refundidos en las virtudes que se oponen á los vicios que han hecho nacer semejantes obstáculos.

Si el primer origen de nuestras vicisitudes políticas y de nuestros trastornos sociales ha sido el desconcierto y capricho de las opiniones, su oposicion á los principios y máximas generalmente recibidas, sus pretensiones exageradas en la categoría de los derechos, y su resistencia pertinaz á toda sujecion y al cumplimiento de todo deber; el primer tributo que debemos ofrecer á nuestra patria, segun esto, es reducir á sus linderos propios la esfera de las opiniones, no permitiendo que traspasen el sacro valladar de la Lei divina, bajo la cual todo se alcanza y contra la cual nada se puede; no invadiendo con ellas nunca el recinto augusto de los principios incontrastables del orden social, ni confundiendo jamas los fines con los medios; sino al contrario, dando á los unos su derecho propio, y dejando á los otros en su lugar conveniente. Esta confusion de los medios con los fines ha dado á la opinion pública esa pésima direccion que, comenzando por extraviar el camino, concluye casi siempre con desquiciarlo todo.

El fin que debemos proponernos, y del cual nunca nos es lícito apartarnos, es el bien consiguiente á la perfeccion social. Las formas de Gobierno deben ser consideradas como medios que conducen á este fin. Si una forma política se concierta de tal modo con los elementos morales, materiales y sociales de un pueblo, que resuelva con el mejor éxito el difícil problema de su felicidad, seria tanta locura persistir en disputar sobre formas, como la de aquel que, habiendo recobrado su perfecta salud, continuase todavia buscando la mejor medicina.

En cuanto á los intereses, no añadiremos nada, porque esto seria una redundancia inútil, á lo que ya dejamos expuesto en las páginas 691 hasta 693, sobre tan importante materia. Conciértense todos con la justicia, y entónces el bien particular y el bien público

se sostendrán mutuamente, y la participacion igual de todos los ciudadanos en los beneficios que proporciona el Gobierno, hará que cada uno considere su prosperidad propia esencialmente vinculada á la prosperidad pública. Dígase lo que se quiera, los intereses ilegítimos y bastardos viven á expensas de los intereses legítimos y naturales; porque la ilegitimidad y bastardía suponen la injusticia, y en consecuencia, nadie posee sin derecho propio, sino porque ha defraudado lo ageno, público ó privado, pero siempre ageno.

Si el incremento que ha tenido la revolucion reconoce como una de sus principales causas el egoismo y la indiferencia de aquellos que por la influencia de su posicion, los recursos de su fortuna ó la extension de sus conocimientos, han sido mui capaces de contenerla y anonadarla, es preciso que tales vicios desaparezcan, para que el restablecimiento del orden público, la firmeza del Estado y el poder del Gobierno se conserven á salvo de nuevas agitaciones y trastornos. El momento que señale el principio de una nueva Era, para esta Nacion desgraciadísima, debe ser tambien el toque de agonia para todos los egoismos, y la inauguracion del espíritu público bajo el influjo poderoso de la perseverante y activa cooperacion de todos los mexicanos con el Gobierno para la salvacion definitiva, engrandecimiento y prosperidad de la patria.

¿Quién podrá tener excusas para no presentarse al instante de ser llamado, ni cuáles alegaria, excepto la imposibilidad verdadera, que no le pusieran en ridículo? ¿Se opondrá la necesidad de atender á su casa y familia? Una y otra están vivamente interesadas en el orden social, y buena prueba de ello son las calamidades y desastres de todo género que han sufrido los mexicanos á causa de la revolucion en cuanto hai de mas sagrado y querido para el hombre. Si todos hubiesen cooperado con los Gobiernos de orden, auxiliándolos en sus necesidades, ocurriendo á su llamado, sirviendo los empleos para que han sido inútilmente invitados, rodeándolos de prestigio en vez de arruinar su crédito á fuerza de censuras, prestándoles su apoyo en vez de abandonarles, ¿habria tomado tantos bríos la revolucion? ¿habria llegado á tan horribles extremos? No. Luego la casa, la familia, la propiedad, los giros, la posicion, &c., &c., léjos de ser excusas legítimas para negarse al desempeño de los cargos públicos, constituyen un motivo más, el de la conveniencia propia, el de un interes individual bien entendido, para prestarse á todo. Cuando la sociedad está amenazada, todos sus miembros deben aprestarse á la defensa, y no nos cansemos, la *Revolucion* todo lo agita, y nada en lo absoluto deja en pié.

¿Cómo excusar, ó mas bien, cómo explicar la indiferencia de tantas personas distinguidas en estas crisis horribles de la Nacion entera? Pero el hecho es, que la Revolucion ha debido, mas que á su actividad y á sus armas, al egoismo y á la indiferencia de muchos su prodigioso incremento, sus rápidos progresos, y la preponderancia de su poder exterminador. Es, pues, indispensable, si queremos tener patria, abandonar el egoismo, sustituir la indiferencia con el mas vivo interes, y hacer que la actividad suceda á la inercia. De otro modo el Estado estará mal seguro, el Gobierno cada dia mas débil, y por consiguiente, la paz, el orden, las garantías, &c., &c., tendrán siempre una subsistencia precaria.

Hemos hablado ya del sistema seguido en el nombramiento de los empleados, así como tambien de los estragos causados por la envidia y por el espíritu de oposicion, manifestando al mismo tiempo el correctivo único que esto tiene, y es la influencia de la religion y la moral. Excusado nos parece advertir, que uno de los medios mas eficaces de cooperacion con el Gobierno, en provecho de la sociedad, es el empeño por mejorar el sistema de educacion, por destruir el espíritu de antagonismo y censura, el cual ha contribuido acaso mas que todo al desprestigio de los gobiernos, y aun al descrédito de la Nacion. Si desde el principio de nuestra independencia, en lugar de aplicarnos á la imitacion de otros pueblos y acostumbarnos á despreciar todo lo nuestro, nos hubiésemos portado como verdaderos mexicanos, es mui difícil, por no decir imposible, que hubiésemos llegado al extremo de miseria, descrédito y abyeccion en que actualmente nos encontramos. ¿Por qué han decaido tanto nuestra industria y nuestras artes? Por la doble guerra que les han hecho á un mismo tiempo nuestros gobiernos con sus concesiones y franquicias ilimitadas al extranjero, y nosotros con la preferencia que damos á todo lo que no es nacional, á pesar de que tal preferencia, fomentando el lujo, ha consumado en pocos años nuestra ruina. ¿Por qué nuestra literatura no tiene rango ninguno aun en el pais? Porque, ordinariamente hablando, basta que se escriba, ó invente, ó impulse algo, en cualquiera género, por mexicanos, para ganar un título cuando ménos á la indiferencia. ¿Por qué pasa ya como un axioma histórico el que en México no hai hombres capaces de ocupar con honor y provecho de la sociedad los primeros puestos del Estado? Porque no hai uno de los mas distinguidos que, á su turno en la carrera, no haya sufrido cuando ménos el desprestigio consiguiente á la enconada mordacidad de la envidia. Miéntras mas se distinguen, miéntras dan mas pruebas de aptitud, probidad y celo, mas ligeramente se les censura, y mas en-

carnizadamente se les persigue; de lo cual resulta que cualquier hombre mediano, con tal de ser extranjero, basta para opacar el mérito de nuestros hombres mas distinguidos, y aun á tanto llegan los vicios en este punto, que no andariamos mui exagerados en decir que la nulidad completa ó una inmoralidad positiva han sido muchas veces mas á proposito, que la mas gran suficiencia y la mas incorruptible probidad, para hacer el primer papel en el triste drama de nuestra política. Si queremos, pues, reconquistar el puesto á que naturalmente nos llaman los ricos y fecundos elementos con que contamos, es preciso cambiar enteramente de costumbres, hacer que la indulgencia discreta utilice todos los recursos que un optimismo hipócrita ha destruido completamente con su desden y su envidiosa censura; que al egoísmo y la indiferencia, que hasta aquí han interpuesto un abismo entre la sociedad y el Gobierno, sucedan el espíritu público y el espíritu nacional, que son la prueba del verdadero patriotismo, que hacen á cada ciudadano sensible al honor y al engrandecimiento de la patria, y bastan por sí mismos á disponerle para todo, cuando ella es amenazada por la desgracia. Es necesario amar todo lo nuestro: nuestro hermoso cielo, nuestros variados climas, la prodigiosa fecundidad de nuestros campos, la inagotable riqueza depositada en las entrañas de nuestro suelo, los muchos elementos con que contamos en todas líneas para llegar al mas alto grado de prosperidad, la indole dulce de nuestra raza, las dotes de inteligencia con que la naturaleza ha enriquecido á los hijos de México, sus felices disposiciones para todo: es necesario, en suma, reconocer lo mucho que debemos á nuestros hombres mas distinguidos, y culpar á la época en que han vivido, al desorden constante de esta sociedad, á la accion brutal de la revolucion, de los males que no han podido evitar. Observando esta conducta, lograremos adelantar constantemente hasta llegar á ser felices; mas al contrario, continuando como hasta aquí, seremos los primeros en arruinar por completo á nuestra patria.

§. XXII.

CONTINUACION.—UNA PALABRA SOBRE EL CLERO MEXICANO RELATIVAMENTE Á LOS PUNTOS QUE HEMOS TRATADO EN LOS SEIS PÁRRAFOS ANTERIORES.

Las observaciones que hemos hecho en los seis párrafos precedentes acerca del origen, progresos y estado actual de los partidos políticos, cuya lucha continua forma el objeto exclusivo de nuestra historia patria desde la independencia, con el objeto de manifestar cuáles son las causas de la impotencia en que nos hallamos para establecer un orden de cosas regular y permanente, un Gobierno fuerte y un Estado firme, parecen á primera vista, si no extrañas, por lo ménos innecesarias al objeto de este opúsculo, que es la defensa de la Iglesia y del clero mexicano con motivo de las aserciones del Señor Aldham, en la nota que ha dirigido al Exmo. Sr. General Miramon. He aquí por qué nos hemos creído en el caso de hacer algunas breves advertencias, para demostrar que las observaciones dichas son, si no absolutamente indispensables para la defensa de tan buena causa, sí mui conducentes para que resplandezca mas y mas la inocencia de la Iglesia mexicana y de su clero respecto de tan odiosas acusaciones.

En el cuerpo de este escrito hemos probado que ni la Iglesia ni su clero han sido las causas de las desgracias de México; mas en los seis párrafos anteriores hemos robustecido esta prueba con la exposicion histórica de las verdaderas causas de nuestra decadencia y de nuestra ruina. Con esto hemos dado toda su plenitud á nuestra defensa; porque, no satisfechos con probar que no somos culpables de una ni otra, nos hemos adelantado á decir: "aquí está la causa del mal." Obsérvese atentamente la progresion de éste, desde el nacimiento de los partidos, y se verá que la Iglesia y el clero de México no han figurado jamas como partidos políticos, á pesar del empeño con que los demagogos se han esforzado en presentarnos revestidos de tan odioso carácter, y á pesar igualmente de que muchas veces el opuesto partido se ha presentado como defensor de la religion y del fuero eclesiástico. Ya hemos indicado por qué los ataques á la Iglesia han concitado á la sociedad contra sus autores, y facilitado el triunfo de las armas, sin que jamas el clero haya tomado el carácter de un partido, ni ménos dirigido el movimiento de una faccion armada. El clero ha sido constantemente

víctima de su celo por la defensa religiosa, canónica y moral de la doctrina, de los derechos y libertades de la Iglesia católica, y esto es todo. Siempre que se han combatido estos principios, ha resistido la Iglesia, sin hacer alto en el color político del gobierno que los ataca; porque ni su resistencia es desmesurada cuando quien ataca es un gobierno demagogo, ni deja de hacerla, ó la hace débil é insignificante, porque el gobierno lleve el título de conservador. Muchas pruebas pudiéramos dar en apoyo de este concepto; pero valgan por todas, las enérgicas representaciones y protestas hechas por el Episcopado mexicano, contra las leyes que dió un Gobierno que derrocó la federación, coartando la libertad canónica de los Obispos, para la enagenación de la plata, del oro y las alhajas pertenecientes á los templos.

Verdad es, que en diferentes épocas han figurado, ya en uno ya en otro partido, algunos individuos del clero, consecuencia inevitable de la misma Revolución; pero lo es asimismo, que han sido muy pocos los que han podido merecer el carácter de partidarios políticos; que aún éstos pocos han estado repartidos entre uno y otro bando, como unos de tantos individuos del partido, y no en clase de clérigos; que por lo mismo, jamás ha habido en el país un partido que merezca el nombre de *clerical*, y por última consecuencia, que, no siendo lógico sino sofístico y absurdo el concluir de la clase entera lo que pueda afirmarse con verdad de algunos individuos suyos, es claro clarísimo que el clero, en clase de tal, no ha formado ni patrocinado jamás ningún partido político: que siempre ha sido en su generalidad pasivo y extraño á las cuestiones estrictamente políticas: que si la sociedad se ha conmovido en consecuencia de los ataques dados á la religión y á la Iglesia por una revolución atea, de ello no es causa ni el clero, ni la sociedad, sino solamente la Revolución: que si el clero ha resistido pasivamente á las leyes antireligiosas, antieclesiásticas é inmorales, esta resistencia representa, no una lucha de partido, sino una obligación de conciencia, una defensa de derecho, una actitud muy natural cuando se sufre sin justicia, y no solo excusada, sino terminantemente prescrita por el mismo Jesucristo Señor Nuestro.

En segundo lugar: supuesto que el Señor Aldham se presenta como mediador entre dos partidos, que luchan encarnizadamente, con el objeto de aproximarlos á un avenimiento, procurar de esta manera la paz, y coadyuvar, con el apoyo moral de las potencias amigas, á la institución de un Gobierno sólido y estable, capaz de reparar todas las ruinas de la Revolución; y afirmar para siempre el reinado del orden, nosotros hemos querido no dar pretexto con

nuestro silencio á la acusación que se nos pudiera hacer de indiferentes á unos oficios tan generosos y dignos, en obsequio de nuestra misma patria. Por este motivo, no solo hemos expresado nuestro agradecimiento, sino procurado también justificar con buenas razones la necesidad é importancia de la mediación; y como para hacerlo necesitábamos subir al origen de nuestras discordias y seguir la lucha de los partidos, con el fin de fundar aquella necesidad é importancia, precisamente en la postración absoluta de nuestra sociedad y en la impotencia de los partidos contendientes para establecer aquí un gobierno con los caracteres mencionados, la misma propuesta del Señor Aldham, de parte de la Inglaterra, consignada en la nota que ha dado lugar á este opúsculo, nos ponía en el caso de entrar en tales consideraciones, facilitándonos el hacerlas sin extralimitar nuestro asunto.

Finalmente, por mucho que nos hayan afectado los ataques dados á la Iglesia y al clero mexicano por el autor de la nota citada, no hemos debido olvidar lo que incumbe á nuestra solicitud como hijos de México, cuando se trata de salvar á la sociedad en esta suprema crisis, y á nuestro deber al mismo tiempo, en calidad de pastores, cuando se presenta la ocasión de hacer una censura moral, cuyo fruto debe ser la desaparición de esos vicios deplorables, á los cuales principalmente debe México su degradación y su ruina.

Debíamos, pues, las observaciones hechas en los seis párrafos precedentes: primero, á la plenitud de nuestra defensa; segundo, á nuestro interés patriótico por la mediación; tercero, á los sentimientos que nos inspira como mexicanos la terrible crisis por donde estamos pasando; y por último, á nuestro deber pastoral, denunciando, para su corrección, la presencia y horrible fecundidad de ciertos vicios que son las causas de los males que actualmente sufrimos.

§. XXIII.

CONCLUSION.

Habiendo dado á este opúsculo una extensión considerablemente mayor de la que nos habíamos propuesto, no concluirémos sin hacer un brevísimo resumen de los principales puntos que en él he-